

Presentación

“Yo creo en esa fusión contradictoria, difícil, pero necesaria entre lo que se siente y lo que se piensa”.

Eduardo Galeano

1

En estos dos libros se reúne la mayor parte de mis escritos sobre Colombia, que han sido producidos en los últimos veinte años. Sin embargo, gran cantidad de material se concentra en lo sucedido en el país desde 2008, más exactamente desde el primero de marzo de ese año, cuando se produjo la masacre de Sucumbíos (Ecuador), cuando fueron asesinados 26 personas, entre ellas cuatro estudiantes mejicanos y el comandante de las Farc, Raúl Reyes. Lo acontecido ese día y sus repercusiones en los ámbitos político, cultural e informativo, sacaron a relucir los elementos más retrógrados e intolerantes (clasismo, racismo, machismo, culto a los asesinos...) que se habían ido consolidando en la sociedad colombiana, y a los que los llamados intelectuales –incluyendo allí algunos que se seguían denominando de izquierda– se plegaron en forma abyecta. En ese momento, un vergonzoso unanimismo, similar al de la Alemania Hitleriana, se extendió a lo largo y ancho del país, provocando lamentables actitudes de postración y ruindad entre aquellos que habían podido oponerse con su voz y su pluma, como se debía haber hecho por parte de profesores e investigadores desde la universidad pública y periodistas desde los medios de comunicación. Pero no fue así, porque muy contadas voces, tan pocas que nos sobran dedos de la mano para nombrarlas, se atrevieron a denunciar lo que estaba sucediendo y a cuestionar la magnitud de los crímenes que estaban en marcha.

En ese contexto, decidí dar un salto en mi producción intelectual y periodística y pasé a ocuparme en forma directa de lo que sucedía en el país, de manera abierta y dando la cara, con todo lo que eso implica en Colombia. Desde el primer artículo que publiqué sobre el asunto, cuando todavía estaban ardiendo las cenizas de los restos calcinados de seres humanos en Sucumbíos, me decidí enfrentar en forma solitaria a la indignidad que se había apoderado de este martirizado país. Ese artículo se tituló “Colombia: el Israel de Sudamérica”, y fue escrito el 5 de marzo de 2008 e inmediatamente se dio a conocer a través de internet en distintos lugares de nuestro país y del mundo. Con este artículo, que ha sido publicado en mi libro *Elogio del Pensamiento Crítico*, (pp. 269-277), se inició una producción que se fue ampliando y diversificando hasta constituir el material básico de estos dos libros.

2

Sin darme cuenta y casi sin proponérmelo, al lado de unos libros mayores que escribí sobre historia de Colombia y diversos temas políticos en el período señalado (2008-2018), se fueron construyendo estos dos libros, dotados de una gran unidad, hasta el punto que no se requirió de gran esfuerzo –salvo el de la corrección formal de los mismos– para estructurar esta obra. La he titulado *El reino macabro de la simulación*, porque ese nombre expresa lo que es Colombia hoy. En efecto, *simulación* refiere a la acción de simular, a representar algo que no se es, fingiéndolo ser, por ejemplo, cuando alguien pretende ser blanco, cuando es negro (lo que podríamos llamar el *síndrome de Michael Jackson*). Por su parte, *reino* alude, en un sentido amplio, a un territorio o espacio dominado por algo material o inmaterial, como decir *La televisión es el reino de la estupidez*. En ese sentido, en Colombia domina la simulación, el efecto de simular, entre cuyos sinónimos se encuentran los de mentir, falsear, aparentar, impostar, engañar, timar, desfigurar, encubrir, fingir... Pero esta simulación no es una cuestión de un comportamiento normal y “pacífico”, que de seguro no es una característica exclusivamente colombiana, puesto que en el mundo del capital el arribismo es una de sus señas distintivas, sino que viene acompañada en este rincón de América de una increíble violencia y criminalidad, y a eso es a lo que podemos denominar como *macabra simulación*, porque se impone con las características más repulsivas y horribles de la muerte.

Así es Colombia: el reino macabro de la simulación, en la academia, en la política, en la sociedad, en la economía, en la vida cotidiana. Tras una cara de civilidad, democracia, pluralismo, Estado de Derecho y mil

calificativos por el estilo, que han diseñado las clases dominantes de este país, sus medios de comunicación e intelectuales orgánicos, se esconden de una terrible realidad de injusticia, desigualdad, violencia estructural, persecución y asesinato de quienes piensan y ven el mundo de otras maneras, distintas a las toleradas por la oligarquía criolla.

El engaño, la mentira, la impostura domina en la sociedad colombiana, empezando por la universidad pública, donde se sigue viviendo del auto-consuelo que es la mejor del país, aunque esté carcomida por el neoliberalismo, sea profundamente conservadora y se haya convertido en un nicho de negocios a nombre de la investigación. En la universidad, cualquiera que sea, ya no importa que los profesores y estudiantes piensen y sepan, para que contribuyan a solucionar los problemas del país, sino que deben funcionar como unas máquinas amaestradas para decir mentiras y expresarlas a través de parámetros cuantitativos, para engañar incautos, en donde aparecen ránkines de competitividad que inflan el currículo de instituciones, profesores, investigadores, estudiantes...

Se finge que Colombia es una democracia y un Estado de Derecho, porque hay elecciones periódicas, formalmente existe separación de poderes y libertad de prensa, pero todo es producto de un masivo engaño, que no se corresponde con la dura realidad que soportamos a diario, en medio de las mentiras y los embustes. Parece que no fuéramos el país del mundo con más dirigentes sindicales asesinados, el mismo donde se asesina diariamente a un dirigente social y donde se han expulsado a millones de colombianos humildes de sus tierras, en medio de una desenfrenada violencia de clase, para que esas tierras queden en manos de los despojadores, terratenientes y gran capital nacional y transnacional... Pese a eso, no faltan quienes nos digan que la Constitución de 1991 es la expresión máxima de ese Estado del Derecho, algo que no se compagina con la exclusión y antidemocracia que domina en la sociedad colombiana, porque “tras el carácter emancipatorio que se le ha querido atribuir a la Constitución de 1991, se esconde un proyecto de exclusión hegemónica cuyo fin es perpetuar un esquema de dominación, mimetizando mediante figuras como Estado de Derecho y ‘Democracia participativa’”¹.

3

El material de estos libros no se presenta en forma cronológica, sino más bien temática, de acuerdo a las partes en que hemos estructurado los dos volúmenes de esta obra. En este primer volumen, titulado *Desenmascarando las imposturas*, presentamos un total de medio centenar de escritos de diversa índole: ensayos, artículos de prensa, debates, conferencias....

Estos textos han sido agrupados en cinco grandes partes, que aunque independientes están articuladas orgánicamente al resto de la obra, en su orden: universidad y simulación académica; política y simulación democrática; Terrorismo de Estado y simulación cínica; traquetos, criminales y simulación de alcurnia; dependencia y simulación servil. Estas son algunas de las caras, no todas, de la simulación imperante en este país, que tratan de ser abordadas a partir de lo sucedido en los últimos diez años, que es el punto de referencia cronológico en el que se escriben gran parte de los escritos acá agrupados.

El lector interesado bien puede hacer una lectura ordenada de los capítulos o puede leer el que le interese en forma independiente, sin que eso signifique dejar de comprender el tema asumido, puesto que cada escrito es una unidad en sí mismo, aunque inscrito en el marco más amplio de la múltiple problemática de la simulación macabra, que va, espacialmente hablando, desde la sede central de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá, hasta el último rincón del país.

4

Estos textos han sido escritos con pasión, indignación, dolor y muchos otros sentimientos que acompañan el razonamiento, porque consideramos que el cerebro no debe estar disociado del corazón. Una de las cosas más aterradoras que se ha impuesto en la sociedad colombiana, y de la cual uno de los ejemplos más trágicos es el de los intelectuales de la Universidad Pública, estriba en la separación entre el saber y el sentir. La gran mayoría de escritores, investigadores se mueven en el terreno del saber, pero son absolutamente insensibles ante la realidad circundante, hasta el punto de que muchos de ellos son expertos en temas de violencia, memoria, desplazamiento forzoso, despojo territorial, resistencias populares..., pero esos temas simplemente se convierten en una forma de vivir, que a veces genera cuantiosos réditos personales, pero no hay el más mínimo intento de comprender y de sentir empatía con los vencidos. Eso lleva a disociar la razón del sentimiento, lo que tiene como consecuencia que sus escritos pretenden ser “neutros”, “apolíticos”, despojados de cualquier expresión de sensibilidad hacia los que sufren. Son canticos al poder, a la dominación, a la desigualdad, a la impunidad... todo a nombre de un pretendido pluralismo, que termina siendo una nueva forma de exclusión, persecución y censura de lo que es distinto.

En contra de esa lógica dominante en el mundo académico de hoy, en este libro juntamos cerebro y corazón, como lo recomendaba Eduardo Galeano:

No me gusta nada que me llamen intelectual. Siento que así me convierten en una cabeza sin cuerpo, situación por demás incómoda, y que me están divorciando la razón de la emoción. Se supone que el intelectual es capaz de entender, pero yo prefiero al capaz de comprender. Culto no es quien acumula conocimientos, porque entonces no habría nadie más culto que una computadora. Culto es quien sabe escuchar a los demás, escuchar las mil y una voces de la naturaleza de la que formamos parte. [...] Yo no quiero ser un intelectual. Cuando me dicen un distinguido intelectual, digo: No, yo no soy un intelectual. Los intelectuales son los que divorcian la cabeza del cuerpo. [...].²

Por esto, estos libros son escritos desde la academia y la universidad, pero también contra ellas; se inspiran en unos saberes aprendidos en los libros y en mis observaciones cotidianas con la gente y entre la gente común y corriente, pero no pretenden que esos saberes deban codificarse y acartonarse de tal forma que generen un lenguaje estereotipado que solo pueda ser comprendido por unos cuantos iniciados. Por el contrario, se intenta, y los lectores dirán si ese objetivo se cumplió o no, de una manera clara, directa, pero documentada y con argumentos, fijar un punto de vista sobre grandes cuestiones de la realidad colombiana de nuestro tiempo.

5

Se fue extendiendo el material hasta constituir dos gruesos volúmenes. Sí, yo sé que son muy extensos para la cultura digital y virtual de nuestros días, en donde escribir, y sobre todo leer, más de 280 caracteres (como lo impone el Twiter), ya es un sacrificio. Contra esa moda, que genera ignorancia, pasividad, unanimismo, estupidez... nos movemos desde hace mucho tiempo, y por eso seguimos reivindicando la importancia del libro, como artefacto técnico con sus propias características, aunque sin desconocer la importancia de la difusión por Internet. Lo que pensamos es que no podemos renunciar al proyecto de dejar una memoria hacia el futuro inmediato de lo que sucede en nuestra contemporaneidad, y eso se plasma necesariamente en papel.

Al respecto, hay que constatar el carácter contradictorio de la difusión digital: su alcance e inmediatez no tiene comparación con lo que se elabora y publica en papel, eso es indudable; pero, a su vez, tiene, un gran limitante para preservar y mantener a largo plazo la memoria de la sociedad. En ese sentido, yo mismo, sin ser cultor de la tecnología, me he valido de internet para difundir gran parte de mi producción periodística y ensayística, que de

esa forma ha roto los diques de la censura de los medios convencionales, y se ha dado a conocer más allá de las fronteras colombianas. Eso sirve para que se difunda rápidamente la noticia en el corto plazo. Pero, y ahí está una contradicción, esa difusión es instantánea, efímera, dura pocas horas, luego se esfuma. Hundida en la red y en la nube, con sus miles de millones de documentos, esa información prácticamente desaparece. Y en ese plano, el libro es insustituible, para permanecer y mantenerse en el tiempo, aunque sean pocos ejemplares impresos los que se editen. Eso no es óbice, para que mañana una persona en algún lugar revise un libro y conozca en forma directa un testimonio de lo que fue un determinado momento histórico, como el que hoy vivimos en Colombia.

Esta es la razón básica por la que se publican estos libros, los que se constituyen en una cierta *memoria personal* sobre una época de la historia de Colombia, y esa memoria o especie de *historia del presente*, va en contravía de lo que se ha impuesto, brutalmente, en este país, que no es la paz, sino el despojo, la guerra, la impunidad de los poderosos, que alardean de sus crímenes y de su sadismo. Gran parte de ello se desnuda en estos libros. Esperamos que el esfuerzo tenga algún lector, como cuando el naufrago envía una botella con un mensaje a alta mar, esperando que alguien lo encuentre.

6

Escribir estos textos no hubiera sido posible sin la ayuda, solidaridad, confianza, compañía de mi amada esposa Luz Ángela Núñez Espinel, quien siempre me ha arropado con su cariño y ternura. Ella está presente, aunque eso no se afirme de manera explícita ni ella tampoco esté de acuerdo con todo lo que aquí se diga, en cada línea de este texto, ya que me acompaña con paciencia desde el año de 1999, el mismo momento en que se inicia la escritura de los ensayos que conforman esta obra. Como quien dice, hay una coincidencia cronológica y sentimental entre el momento en que comienzan estos libros, y el inicio de una compañía amorosa que los ha hecho posibles. De la misma manera, la grata ternura de mis dos pequeñas hijas, Lucía y Marisol, me impulso a concluir estos libros, aparte de que a ellas les robe tiempo en forma furtiva para escribir estas líneas, sobre todo en las horas de la noche.

Otras numerosas personas, compañeros, amigos, estudiantes, me han alentado a lo largo de estos años para no desfallecer, a pesar de los grandes obstáculos y de la dureza misma que significa vivir en este país. Aunque no los mencione, ellos están presentes en esta obra, pero desde luego no sean responsables de nada de lo que aquí se dice.

Un especial agradecimiento a los compañeros de Herramienta (Argentina), Rebelión (España), La Pluma (Francia), Revista Cepa, Periferia y El Colectivo (Medellín), porque todos ellos me han permitido romper el cerco de la censura y me han dado la oportunidad de escribir con la cabeza y el corazón.

Bogotá, febrero 26 de 2018

NOTAS

¹ Roland Anrup, *Antígona y Creonte. Rebeldía y Estado en Colombia*, Ediciones B, Bogotá, 2011, p. 65

² Eduardo Galeano, *Colombiando. Palabras sentipensantes sobre un país violento y mágico*, CEPA Ediciones, Bogotá, 2016, p. 192.